

PANORAMA INTERNACIONAL: PROBLEMAS INEVITABLES
Y PROBLEMAS QUE NO LO SON

La vida internacional de siempre ha distado mucho de ser sencilla. La formaban, la forman y la seguirán componiendo, en la medida en que podemos aventurar anticipaciones lógicas y generalizadas, un entremezclado de problemas heterogéneos, algunos excluyentes, en su planteamiento, desarrollo y desenlace, de otros. Sólo que el mundo ha vivido en grandes compartimentos estancos hasta el final del siglo XV y las partes de él que hacían la Historia ignoraban a mucho del resto, y aprendieron a tratar subordinadamente a las otras. Podríamos trasladar con prevención a las Relaciones Internacionales el clásico principio de que «la materia no se crea ni se destruye: únicamente se transforma», a pesar de los serios ataques—religiosos y científicos—que lo cuartejan. Aquí, en nuestro mundo de las Relaciones Internacionales, podríamos representarlo por el también clásico nihil novum sub sole: la Humanidad, en sus antiguas etapas de organización colectiva mediante agrupación en relación, pacífica o violenta, ha conocido problemas cuya esencia no varía de los que la afligen actualmente: «afligen» es un tiempo de verbo suave, escogido empleando el lenguaje de los tiempos en los que unos creían en el mito del progreso indefinido y otros pasaban por alto alguna catástrofe—genocidio, hambre, epidemia—acaecida en las «remotas» regiones que no hacían la Historia mundial, sino que la sufrían en espera de los tiempos que ya han llegado. Los tiempos en que todos somos protagonistas en diverso grado, pero con poder de provocar consecuencias en los demás, de la magna aventura del hombre sobre la tierra: supervivir, y sin retroceder a niveles muy bajos.

* * *

Cierto, Mónaco y Liechtenstein no «hacen» aún la Historia—como tampoco las Samoa o Grenada—, pero antes codeables con ellas ya han probado a hacer su parte de Historia: el Vaticano, Kuwait y demás minúscu-

los emiratos árabes del petróleo, Sikkim—pieza en el perenne conflicto chino-indio—, Chipre, y para que a los españoles nos suene algún problema a propio, Gibraltar, con sus diminutos seis kilómetros cuadrados. Claro que es mérito del país ocupante que la cosa—en este ejemplo—no traspase los límites oratorios de las Asambleas onusianas; pero aun contando indefinidamente con una España domesticada por el desgaste y la discusión interior y la pobreza de recursos frente a la otra parte, nadie podría asegurar que el Peñón no pueda un día hacer Historia más ruidosa, como en el XVIII. Si acaso, de la lista desigual y desconcertante de los problemas mundiales, la lección que puede corregir—sin eliminarla—a nuestra precedente afirmación es otra. Como en aquellas carreras repetidas, sin variar de caballos, el lugar de colocación de los problemas, lo que pomposamente se llama ahora en los areópagos internacionales «el orden de prioridades», cambia. Y los cambios pueden prolongarse hasta enlazar con un arreglo—o difuminación en otras cuestiones—que los relegue al olvido. ¿Quién se acuerda del erizado Sanyacato de Novipazar (1878-14), del «Banato», (1919) del otro Sanyacato de Alejandretta (ahora la provincia turca de Hatay para que hasta el nombre borre el pasado: 1926-39), o saltando Europa, de episodios como Leticia 1922-34 o el Chaco (1928-38). La misma guerra del foot-ball, que tiene semidestrozada a la ODECA, una de las organizaciones regionales que mejor funcionaban, pasará a ser alguna vez recuerdo histórico, y creemos que sin tardanza excesiva. ¿Y el olvidado pleito de Yap? (1920), ¿y qué del Saar-Sarre, que parecía dos veces irresoluble manzana de la discordia entre sus vecinos? (1919-25, 1945-57). De otros ejemplos no nos lanzáramos a rotundas evocaciones «sin temor a errar». No juráramos que el olvidado «paso del Yiber», puerta—o avanzada—del que fue Imperio anglo-indio, no vuelva a sonar, cuando terceras influencias puedan avivar los roces entre Afganistán y Pakistán; ni que los soviéticos, tan generosos en su doctrina estratégico-leninista con los pueblos explotados y tan ávidos en su práctica estratégico-comercial con los pueblos alcanzados, se hayan olvidado de que existió Port-Arthur (ahora englobado en una megalópolis china, Lu-Ta), ni el Manchukuo, que bajo su férula—si China bajara la guardia—se llamaría, naturalmente, de otro modo (ahí está Mongolia: «Bugd Nairamdl Mongol Ard Uls» para probarlo). Y si Danzig—perdón, Gdansk—parece, como la ex Prusia oriental, enterrados, discrepamos de los que ven en la línea Oder-Neisse (Odra-Nissa) una frontera «de una vez para siempre»; aunque, claro está, mucho tiene que cambiar en el mundo para que se removiera (previa-

mente tendría que producirse la hoy imposible *einheit interalemana*). Lo que sería probablemente a un precio que no preferimos (como Goethe: la injusticia, y más consolidada, es mejor que el desorden de una gran violencia, ambos en el cuadro internacional). Muchas cosas pueden cambiar, no sólo en las partes del mundo cuyos andamiajes, diplomáticos y estratégicos, más parecen de cartón que de hierro, desde el Caribe al Magreb, al Africa subsahariano, y del Oriente desértico y monzónico al Pacífico; tan pacífico, aunque todavía anteaer—en la cronología mundial—el olvidado Sukarno amenazaba a Holanda con tomar por las bravas a Irian, ante la pasividad de los amigos otanianos de La Haya, anticipada por los de la «viejíssima aliada» ante la invasión de Goa. El poder de la inercia, en el uso de recuerdos agravables y engañosos es tal, tratándose de ríos revueltos internacionales, que me atrevería a pensar en que la coalición anticolonialista-agiotista supera al grupo de previdentes responsables, preocupados por ese gran factor de caos que va a ser la llamada «descolonización» del Ultramar portugués, en donde—para que no falte alguna semejanza con lo que sucedió en lejanos tiempos al Ultramar español—hay partes que van a ser «descolonizadas» contra la voluntad de su población; que es lo que acaecería en el Sahara español si los autóctonos se encontraran con un trueque de «patronos»: el discontinuo, desigual y manejable español por algún otro más expeditivo, más rapaz y más inmediato en sus unilaterales consumaciones.

Muchas de aquellas cosas están cambiando en estos momentos, salvo que desigualmente: nadie percibe la silenciosa transformación del Caribe, con su primer Estado socialista, su rosario de inestables «Estados asociados» o afiliados a constelaciones *ex imperiales*, y como aún lejano remate, el canal «deszomificado». Muchos perciben que los esfuerzos agrupatorios en el Magreb y en el Africa negra cambiarán alguna vez el mapa y que el tenso equilibrio Sudáfrica blanca-Africa bantú quebrará con el tiempo. Bastantes perciben que la suerte de Bangla Desh y de Singapur, por ejemplo, no son «definitivas». Casi todos se han cansado de pensar en la suerte de Birmania, Tai y el país de la guerra de los Treinta Años, que ahora no está en Europa central—como en el siglo XVIII—, sino lo que se llamaba Indochina «francesa». En cambio—¡oh poder de los resortes manipulados por el sionismo anglosajón, que acaba de hacer doblar la rodilla al general Georges Brown y que precipita a los Estados Unidos en un pozo sin fondo, para que los que no creemos en brujerías rebusquemos aquel despreciado «Libro de los Protocolos de Sión!»—, todo el mundo vive pendiente del «Oriente Medio», que

podría titularse «Israel y el resto de sus vecinos». Problema al que el mundo tiene que agradecer el que haya tomado estado mundial y oficial, algo que de otro modo hubiera seguido siendo un anárquico y suicida tratamiento de despilfarro de lo irrecuperable: el petróleo. Tras de lo cual ha precipitado lo que para nosotros —con perdón de voces más autorizadas de especialistas en la materia— es el comienzo, que puede sufrir alternativas y ofrecer originalidades, incluso en los remedios defensivos, de una gran crisis económica mundial. Que acabará infectando también al «otro mundo» —el socialista, incluido su capitalismo de Estado—, porque el Tercer Mundo vive permanente y normalmente en crisis, agudizada por las «liberaciones» descolonizadoras desde 1956 ó 1958.

* * *

Y aquí entra en juego el rótulo de este superficial, pero no extraviado, ensayo: en la difícil vida —para las ocho décimas partes de la Humanidad contemporánea— con la que diariamente nos enfrentamos personas, sociedades, organizaciones infra, para y supraestatales, hay problemas inevitables y problemas que no lo son. Y lo irritante es que el tratamiento internacional que reciben unos y otros —atenciones, recursos, preocupación y «preparación», etc.— no están en función directa de la prioridad de los problemas más graves e inevitables sobre los menos graves, sean inevitables o no. Al contrario. Las minorías que manejan este falso mundo democrático, tan alarmadas por las libertades y el bienestar social y tan «defensoras» de la «paz y la seguridad», están desatendiendo, consciente y contumazmente, los problemas de la supervivencia del mundo y de sus gentes civilizadamente, en beneficio de problemas, muchos de origen artificial o arbitrarios —aunque el tiempo los haya enquistado en el panorama mundial—, que amenazan doblemente a la Humanidad: A) positivamente, porque conducen a peligrosas guerras, que nadie podría seguir afirmando que siguieran «localizadas» entre vecinos, aunque es dudosa que se califique de locales a algunas de sus consecuencias —como el cierre del canal de Suez y la escalada petrolífera— y que no arrastrarán al fin, cara a cara, y por mucho que alguno crea que puede evitarlo, a un enfrentamiento de los dos Grandes, fatalmente atómico. B) Negativamente, porque obligan a desatender, tratar mal o con mezquinidad a los otros problemas vitales, como el de la creciente miseria de las cinco séptimas partes de la Humanidad, y porque «de paso» —es decir, simultáneamente— echan leña al fuego de la carrera de armamentos; contagiosa y

arruinante para secundones y tercerones y propicia a que éstos salten explosivamente, tomando del mal ejemplo de los Grandes lo peor, y no sabiendo, en cambio, imitar su disimulo en combatir con terceros de modo limitado, como en Indochina o Chipre, o con medios no armados, como antaño Berlín. Y vamos a ilustrar con algunos ejemplos, incompletos forzosamente, nuestro aserto, que no tiene nada de novedoso.

* * *

Que el mundo necesita «desarmarse» en el sentido realista del concepto nadie lo discutirá. No pensamos en utópicos proyectos de paces perpetuas, desarmes generales, policías internacionales (¡qué pobres o nefastos ejemplos los conocidos desde Katanga a Suez, pasando por Chipre!) y demás ensueños parangonables. La Sociedad de Naciones se estrelló en su Conferencia del Desarme (1932), y la ONU, en la segunda parte, más pretenciosa, y que hipócritamente sigue «abierta», contentándose con auspiciar a secas lo que Estados concretos han logrado pactar en la materia con alcance limitado. Cronológicamente, primero se «desnucleizó» la Antártida (1 de diciembre de 1959). Ahora mismo, y trasladada desde Helsinki a Ginebra, está abierta una Conferencia de Seguridad o Desarme, que ni siquiera llamaremos Europa, porque el Mediterráneo, explosivo como nunca, permanece lejos de sus preocupaciones. También prosiguen las conversaciones bilaterales ruso-yanquis, que originariamente tomaron su sigla del exagerado rótulo SALT. Firmados están el Pacto proscribiendo ciertas pruebas nucleares (Moscú, 5 de agosto de 1963), que firmó España, pero no China; más amplio es el Pacto antinuclear en la «América latina» (Tlatelolco, 14 de febrero de 1967) que se ha querido extender a Africa. El del espacio ultraterrestre (21 de enero de 1967). El de no proliferación nuclear (Londres, 1 de julio de 1968). El de fondos submarinos (11 de enero de 1971). Los de limitación nuclear (misiles) y Seguridad Europea, e incidentes navales (bilateral, Moscú, 26 de mayo de 1972), seguido (el 29) de una «Declaración» más ambiciosa que inmediata (coexistencia, paz, desarme, colaboración, etc.). El lector nos perdonará la antipática insistencia de la duda, a la vista de su suerte entre los numerosos acuerdos de paz en Indochina desde 1954 a 1973. Más positivos han resultado los modestos acuerdos entre los países centroeuropeos y sus vecinos occidentales (ahora socios en la UEO, la OTAN y la CEE desde el de 26 de mayo de 1952 al 7 de agosto de 1970) y orientales (1972-74), incluida la URSS, como el anterior acuerdo «de Estado» que desocupó Austria (1955). Veremos si son duraderos los

Acuerdos chino-americano y chino-nipón (28 de enero-28 de septiembre de 1972). En medio de esos acuerdos siempre quedan puntitos sueltos (Berlín, Kuriles) y una gran desconfianza mutua—los dos «bloques» OTAN y de Varsovia lo dicen por lo claro—a causa de la falta de garantías de ejecución. En fin, para inyectar una «disolución panglosiana» en nuestro comentario olvidamos los últimos armisticios en Próximo Oriente (31 de mayo de 1974); los primeros databan de 1947 (armisticios de Rodas); luego han mediado no menos de 30 resoluciones de la ONU. Y diremos que ya es algo conque no haya estallado la III Guerra Mundial.

* * *

Pero sí han estallado otras cosas: la «bomba demográfica», la «bomba de efectos retardados de la descolonización y—muy próxima—la «bomba de la rebelión de los países subdesarrollados, elegante epíteto para los de masas, hambrientos y analfabetos, teóricos dueños de sus destinos, enfeudados a dos amos, a cual peor: el indígena (la minoría, adueñada del poder y de los recursos) y el más o menos invisible exterior, en forma llamada neocolonialista, aunque no suelen ser siempre las ex metrópolis (más bien dadas), sino terceros «padrinos», «hermanos mayores» o simplemente escurridizas «multinacionales», que disponen, cuando no de la tierra y el subsuelo, al menos, de los productos, negociándolos según su conveniencia. Pocos tomaron en serio aquellas altisonantes y largas declaraciones de Bandung, Accra, El Cairo, etc. (y aquí una veintena de sedes hasta Argel); pero todos han tomado a pecho los lacónicos comunicados de los casi desconocidos jeques árabes y de otros países, miembros de la OPEP, apretando desde 1973 el dogal del petróleo, nudo gordiano teóricamente cortable, pero nunca desata-ble sin la cooperación de los interesados.

Y aparte de motivos ocasionales—Palestina—o de ambiciones y destemplanzas humanas, los antes despreciados tenían gran parte de razón. No porque no hayan contribuido con su mala administración a su atraso o porque no hayan despilfarrado las ayudas occidentales y socialistas, muy aparatosas, pero en conjunto insuficientes. Porque cuando la Humanidad, por desplazamientos masivos de toda índole—ya empezaron en la I Gran Guerra con la venida de tropas coloniales a Europa—e interpenetraciones inevitables de toda clase, se codea y se ve de cerca es imposible mantener ciertas barreras si uno de los campos separados no es sólo pobre, sino hambriento, enfermo, inculto, más prolífico, sobrio, numeroso, capaz de aprender, imbuido de

resentimiento y agresividad— a veces ilusionistas—, y encuentra dentro de los otros los apoyos, directos o indirectos, que provienen de la insolidaridad de los beati posidenti mundi.

* * *

Verdad es que de alguno existen «asociaciones humanitarias» e instituciones filantrópicas internacionales. Verdad es que la ONU nació con el precedente de la UNRRA y pronto desplegó una vasta red de organizaciones especializadas, algunas de las cuales debieran haber acudido directamente —y con rapidez— al encuentro del gran problema, síntesis de mil problemas, que es la existencia del Tercer Mundo, codo con codo con el otro o los otros. La OIT ha realizado una benemérita acción, no exenta de prejuicios y demagogias socializantes de efectos contraproducentes. La OMS ha luchado todo lo que le permitían sus medios contra endemias y epidemias, con el sorprendente resultado de ayudar al auge de la presión demográfica de los pueblos desbordantes y hambrientos; su hijuela la UNICEF, no menos benemérita, vive —para vergüenza de todos— de algo que se parece mucho a la limosnería medieval en cuanto a recursos. La FAO es la que más de lleno se enfrentaba con el problema de alimentar a los hambrientos; pero consciente de su carencia de recursos, y para hacer algo, intentó que la técnica supliera carencias insoslayables. La UNESCO tocaba más indirectamente la materia: enseñando, facilitaba el uso del medio y la mejora humana. No nombramos a «los dos pilares», que pudieran ser el FMI y el BIRD, concebidos con una mentalidad capitalista, sarcástica, para ayudar a las gentes del Tercer Mundo, ni a la fracasada OIC, cuyo hueco se tapó con fortuna por la JCD desde 1964, ya que el GATT sirve más bien para los países industrializados y capitalistas. Hubo, pues, que suplir lo que quedaba escaso con planes u organizaciones paralelas, filiales o más especializadas: el punto IV, tan mezquino en sus resultados, pese a los méritos del TAB y del TAC; el PNUD, la SUNFED —purgada en parte de los defectos de las primeras organizaciones— y su paralela la CFD, con el complemento de la ONUDI y de la UNED, y los apéndices de la SFI (privada) y de la AID, que es la que, dentro de sus posibilidades, parece haber operado más inteligentemente de cara al Tercer Mundo. Por supuesto, éste intentó liberarse y crear sus propias organizaciones, víctimas todas del círculo vicioso con que nacían (limitación de las aportaciones de los iniciadores), pero no por ello desdeñables; así, el modélico «Plan Colombo» —mejor que la ASEAN, mucho mejor que la «Alianza para el Progreso» y ejemplo

para los planes del Caribe, del mar del Sur y de la FAMA. De los Bancos de Inversiones o Desarrollo, el Europeo pudo servir para algo más que para Europa merced a los acuerdos CEE—18 africanos—que luego fueron ampliándose); poco pudieron hacer los Bancos Africano y Asiático (Japón aparte) y regular solamente fue la obra del Americano, lastrado como todas las creaciones de los Estados Unidos, con la desproporción entre su creador y los demás «socios». Por otra parte, florecían toda suerte de preferencias—bordando el GATT—, proteccionismos *ex imperiales* y sobre todo carteles dedicados a determinados productos. Una lista de lo realmente dado por el mundo rico al otro sólo podría incluirse aquí—con riesgos derivados de la variedad de nomenclaturas y clasificaciones para homogeneizar—si se pudiera dar simultáneamente la lista inversa: lo recibido de aquéllos por cualquier medio.

* * *

De ahí que, sin exagerar la esperanza, hayamos encontrado oportuno y abierto el estudio del problema demográfico y sus flecos, hecho en las Conferencias de Estocolmo, Londres y Roma (200.000 niños piden cada día un mundo donde vivir, un mundo que duplicará su población en el cuarto de siglo que queda al insensato siglo XX). De ahí que, sin exagerar las ilusiones, nos parezca la Conferencia sobre Alimentación Mundial de Roma (la de noviembre de 1974), no obstante la nebulosidad de términos del llamado «compromiso» entre los pudientes y los pidiertes, un estimable comienzo, digno de continuación sin desmayos, para movilizar sin exclusiones ni trampas los recursos disponibles a escala mundial, a fin de obtener, no el insoñable paraíso terrenal que promete—sin exageradas precisiones cronológicas—el marxismo, entre otras filosofías de optimismo material dilatado, sino simplemente que todos coman, crezcan, tengan lo indispensable (empezando por hogar, medicinas y libros) y puedan ocupar su «lugar bajo el sol», que antes reclamaban en exclusión los imperialismos.

* * *

Un inciso: la postura de España es a la vez clara—y por ello respetable—y difícil. Porque estamos, de una parte, bastante aislados en el contexto mundial; es decir, presentes en todas las filiales de la ONU, en la OCDE y su reciente filial la Agencia Internacional de Europa; pero ausentes de la CEE

y de cualquier equivalente alcanzable. Somos un país estructuralmente pobre, con una economía casi milagrosa—últimamente basada en dos fuentes «tocadas» por la crisis: turismo y remesas—que ha conseguido bastante para desarrollarse industrialmente, lo que nos aleja de los claramente subdesarrollados, pero sin la intensidad y la cobertura de los propiamente desarrollados, lo que nos aleja de éstos. Un país, pues, intermedio, que el que esté en situaciones-límite de grandes problemas mundiales puede ser un país «emparedado», con riesgo de aplastamiento entre los bloques, si no maniobra bien y encuentra un mínimo de colaboración ajena; ¿la tenemos? Por parte de Europa no. Por otras partes, más bien en el reino de las palabras amables.

* * *

Y regresando de esta digresión, de una justificada preocupación nacional, al tema que nos ocupa, diríamos que la crisis, que no ha hecho más que anunciarse o empezar en algún aspecto, como el inflacionista, ha puesto las cartas sobre la mesa. Si el mundo quiere repetir los malos medios clásicos («la guerra, continuación de la política») o retrasar indefinidamente el hondo desnivel actual entre sus desiguales partes, la situación se derrumbará por sí sola. Casi no hará falta que los Grandes la empeoren con gestos propios, aunque puede ser fácil que lo hagan. Si el mundo clasifica el «orden de prioridades» de sus preocupaciones y atiende a los problemas inevitables y muy graves; luego a los inevitables, pero más leves, y paralelamente—no hay obstáculo por ser los medios diferentes—a los problemas que no eran forzosos ni inevitables, aunque hayan tomado carta de urgencia, el mundo puede salvarse, sin progreso «indefinido», por supuesto. Parece imposible, por ejemplo, que los hermanos semitas que se odian hoy, árabes y judíos, puedan convivir y hasta colaborar. Pero lo es, y así son solubles muchos problemas (el de Gibraltar es uno de los que, sin obstinación por ninguna parte, pasaría con más facilidad a la categoría de recuerdo histórico). Nosotros confiamos en que Dios, que ha creado el mundo, no va a volver la espalda a los humanos, aunque éstos se estén comportando insensatamente.

J. M. C. T.



ESTUDIOS

